

Desátala. Montando  
 Con ella en su bridon, de allí se aleja,  
 Y, volviendo la faz de cuando en cuando,  
 Cubre de ardientes ósculos su cuello,  
 Sus ojos, y su frente y su cabello.

Presto, olvidando su intencion primera  
 De dar la vuelta entera de la España,  
 Detiene su carrera  
 Sobre el peñon de la menor Bretaña  
 Que mas entra en la mar. Sobre su orilla  
 Una selva de encinas se levanta  
 Do á todas horas Filomena canta,  
 Y en medio della se descubre un prado  
 Donde, entre dos colinas, se desliza  
 Arroyo que lo alegra y fecundiza.

De ilusion y esperanza enajenado  
 El jóven, al corcel allí detiene;  
 Mas á oponerse viene  
 La férrea cota á su anhelar. En vano  
 Gran rato lucha por librarse della.  
 Soltar queriendo un nudo, se atropella  
 Y su agitada mano  
 Ciento hace y ciento en vez de soltar uno.

Mas mi canto, señor, es ya muy largo.  
 Para momento pues mas oportuno  
 La comenzada narracion diffiero,  
 Que fatigar vuestra atencion no quiero.



Roger y Angélica sobre el hipógrifo. (T. I, p. 166.)

BIBLIOTECA DE MEXICO 157  
 "ALFO" 15  
 1875



## CANTO XI.

Angélica desaparece con el anillo encantado que puso en su dedo Roger. — Este, además del anillo, pierde el Hipogrifo y vuelve á dar en manos del mágico Atlante. — Imprecaciones de Orlando contra las armas de fuego. — Orlando da muerte al monstruo y á una gran parte de los moradores de la isla de Ebuda. — Fin de la historia de Olimpia.

Bien que, á menudo, en medio á su carrera  
 Freno endeble del bruto mas altivo  
 El impetu modera;  
 Rara vez la razon, rara refréna  
 La ardiente furia de un amor lascivo  
 Ante la imágen del placer; que al oso  
 Que la miel ha catado, no sin pena  
 Se consigue alejar de la colmena.  
 ¿Qué razon hay para que el héroe agora  
 De gran placer la coyuntura pierda?  
 De la virgen ilustre á quien adora  
 Se olvida en este instante, ó si se acuerda  
 Necio fuera á mi ver, mil veces necio,  
 Como por ello mire con desprecio  
 A la belleza rara  
 Que á Zenócrates mismo enamorara.  
 Su lanza ya y su escudo en tierra habia  
 Puesto Roger, y yelmo, espada y cota  
 Impaciente á arrojar se disponia,  
 Cuando la dama, con rubor tendiendo  
 La inquieta vista por sus gracias, nota  
 En su dedo el anillo  
 Que el vil Brunelo le robó, queriendo  
 Dar así gusto al árabe caudillo.  
 Era este anillo el que ella trajo á Francia  
 La primer vez que vino con su hermano,  
 Entónces dueño de la insigne lanza  
 Que fué despues del paladin britano.



Vanos con él haciendo los encantos  
De Malgesí, á Orlando y otros cuantos  
Sustrajo del poder de Dragontina.  
Por su virtud divina,  
Salir logró no vista del castillo  
Do un mago la encerró; mas, de este anillo  
¿Para qué los portentos enumero,  
Que cual yo conoceis? Saber os baste  
Que á perderlo la dama vino al cabo;  
Y que adverso el destino  
Desde aquel dia no aplacó su encono,  
Hasta lograr arrebatarle el trono.

Esta joya al mirar con rostro ledo  
La hermosa virgen, de contento loca,  
Duda de lo que ve, de lo que toca,  
Y el anillo, que saca de su dedo,  
Llevándose á la boca,  
A los ojos del héroe desaparece,  
Cual el sol si una nube le oscurece.

En torno de sí mismo inquieto, en tanto,  
Gira Roger, y lleno de quebranto,  
A la dama, que huye,  
Así de falsa y descortes arguye:

« ¿Es este, es este el galardón ¡ingrata!  
« Que á mis servicios das? ¿Porqué con arte  
« Tu perfidia, mal grado, me arrebató  
« Lo que yo nunca me negara á darte?  
« ¿Quieres mis armas y el caballo mio?  
« Dellas dispon, dispon á tu albedrío.  
« ¡Mas qué! ¡tu rostro celestial me escondes!  
« ¡Y, oyéndome, cruel, no me respondes! »  
Así diciendo, en torno de la fuente  
Frenético vagaba;

Y, creyendo abrazar la dama ausente,  
El aire entre los brazos estrechaba.

Ella en tanto, corriendo noche y día,  
A la falda de un monte halla una choza  
Donde habita un pastor. En torno della

• Vastas cuadras habia  
Do á refugiarse del calor venia  
• Numerosa yeguada, que paciendo  
Vagaba entónces en frondoso prado  
Por un fresco arroyuelo fecundado.

De la cabaña so el humilde techo  
Alimento y reposo  
La virgen encontró; y hácia la tarde,  
Sus fuerzas ya juzgando restauradas,  
Sin ser vista, se fué. Su talle hecho  
A ropas delicadas

Envuelve en un gaban de paño burdo;  
Burdo y grosero sí, mas no bastante  
A encubrir de su cuerpo el aire noble,  
La belleza sin par de su semblante;  
Pues de Angélica al lado fueran feas,  
Por mas que los poetas las pregonen  
(Títilo y Melibeo me perdonen),  
Todas las Clóris, Filis y Nereas.

Hácia las yeguas luego se dirige;  
Entre ellas una que le agrada elige;  
Monta y se aleja; y de volverse á Oriente  
Viene una idea á seducir su mente.

Roger en tanto de su error volviendo,  
Y convencido de que en vano aspira  
A recobrar el bien por que suspira,  
Hácia Hipogrifo márchase corriendo;  
Mas un nuevo pesar allí le aguarda;  
Que en columbrar no tarda,  
Surcando el aire, al palafren que busca.  
Unida aquesta á la anterior desgracia,  
Al paladin ofusca;

Pero de todas la que mas le aflige  
La pérdida es del dije, y lo deplora  
Muy mas que por su mágica eficacia  
Por ser un don de aquella á quien adora.

Al hombro entónces angustiado y triste  
Echándose el broquel, sus armas viste,



Y, la playa arenosa  
 Dejando, va con planta presurosa  
 Hacia un bosque que nótase en un valle.  
 Por su mas ancha y frecuentada calle  
 La marcha emprende. Hacia la diestra mano  
 Salir del bosque escucha  
 Fragor de hierro insano  
 Que contra hierro vibra mano ducha.  
 Por la maleza avanza  
 Y en ver no tarda una terrible lucha,  
 Cuya causa yo ignoro, entre un gigante  
 Y un bravo jóven de gentil talante.  
 Yace en tierra el corcel de este guerrero,  
 Que, hiriendo ó esquivándose lijero,  
 Los golpes frustra de la enorme maza  
 Con que el feroz gigante le amenaza.

Detiénese Roger; observa atento  
 La cruda lid, y bien que un movimiento  
 Simpático y secreto á su alma noble  
 Por el mas mozo á interesarse arrastre,  
 De evitar su desastre  
 No trata, ántes un tanto se retira,  
 Y combatir de léjos los contempla.  
 Con sus dos manos levantando, en esto,  
 La su maza el jayan, golpe funesto  
 Sobre el jóven descarga, á quien destempla  
 El yelmo, y malparándole la frente,  
 Por descubrirla corre incontinente.

De su cara y hermosa Bradamante  
 Descubierto el semblante  
 Mira entónces Roger. Su riesgo toca,  
 La espada saca y al feroz provoca;  
 Mas este, á comenzar batalla nueva  
 Poco dispuesto, á la doncella toma  
 Y sobre sus espaldas se la lleva,  
 Cual águila á su nido una paloma,  
 O cual lobo un cordero hácia su cueva.  
 Tras él corre Roger: mas de manera



Bradamante derribada por un gigante. (T. I. p. 170.)



Sus pasos acelera  
 El gigante, que apénas con la vista  
 Puede el jóven audaz seguir su pista.  
 Así corriendo aqueste como loco  
 En pos de aquel, que vuela de alegría,  
 Se hallaron presto en una angosta via  
 Que, ensanchándose luego poco á poco,  
 Fuera del bosque, á un prado conducia.  
 Mas basta de Roger: á Orlando vuelvo  
 Que el arma de Cimosco al mar profundo  
 Lanzó porque jamas tornase al mundo.  
 De poco esto sirvió; que el implacable  
 Genio del mal, de aquel arma maldita,  
 Que el rayo vengador del cielo imita,  
 Descubridor malvado y execrable,  
 Con saña casi no menor que aquella  
 Cuyo fatal influjo  
 A nuestra madre universal sedujo,  
 El ánima inspiró de un nigromante  
 Que, con secretos de su ciencia, obtuvo  
 Arrancar esa máquina homicida  
 De las entrañas de la mar, do estuvo  
 Tantos y tantos años escondida.  
 Cerca de un siglo hará que introducida  
 En Alemania fué, do, los ingenios  
 El rey de las tinieblas aguzando,  
 Hizo en fin descubrir su objeto infando.  
 Italia, Francia y todo el orbe entonce  
 Esta invencion diabólica aprendieron;  
 Y, ya líquido bronce  
 En el cóncavo molde condensando,  
 Ya hierro taladrando,  
 Muchas de aquestas máquinas hicieron  
 Que, segun su calibre y su tamaño,  
 Mil diferentes nombres recibieron.  
 Cual cañon la llamó, cual culebrina,  
 Cual pistola, arcabuz ó carabina.  
 A su contacto nada hay que resista;



El mármol cede cual la leve arista.

Tu broquel y tu lanza luego , luego ,  
Con tu espada , oh soldado , arroja al fuego ,  
Y toma un arcabuz. De lo contrario  
Desde hoy renuncia á gloria y á salario.

¡Oh maldita invencion! ¿ cómo pudiste  
Hallar cabida en corazon humano ?

Tú , del ilustre bélico ejercicio  
El esplendor , por siempre , oscureciste.  
Del valor , del saber el sacrificio  
Consumaste en un dia ;

Que igual á la virtud es hoy el vicio ,  
Igual es al valor la cobardía.

¡Cuánto cuerpo no diste ya á la tierra  
De itala gente , oh Dios! ¡y cuánto , cuánto  
No has de dar miéntras dure esa impia guerra  
Que al orbe cubre de dolor y espanto!  
De todo el universo

El hombre fué mas vil y mas perverso  
El que arte tan fatal concebir pudo ,  
Y , por mí , yo no dudo  
Que con Júdas esté castigo eterno

Sufriendo en las mazmorras del infierno.

A Ebuda en tanto se dirige Orlando ;  
Mas el viento , oponiéndose á su anhelo ,  
Apénas respiraba ,

O , de frente las velas azotando ,  
A cejar ó á virar les obligaba.

Pronto sabréis porqué no quiso el cielo  
Que ántes que el rey de Irlanda  
Tocase Orlando aquella tierra infanda.

Tócala en fin , y lleno de coraje :

« A tierra salta , » dice al marinero ,  
« Y aquí me aguarda , que hácia aquel paraje  
« Solo partir en esta lancha quiero.  
« El cable mas robusto  
« Y el áncora mayor que el buque tenga  
« Conmigo llevaré. Cual es mi objeto